

El imperio europeo de Alemania

Uno de los más reputados sociólogos críticos en el mundo de habla alemana, Wolfgang Streeck ha captado, desde hace unos años, la atención creciente de la Izquierda internacional por su obra de análisis político.

Sus últimos libros han explorado la crisis estructural del capitalismo, así como la contradicción progresiva de este sistema con la democracia. Un conflicto, a juicio de Streeck, cuya solución inmediata no está en el horizonte, y que le lleva a preguntarse sobre cuánto tiempo más podrá sobrevivir el capitalismo.

Loren Balforn, periodista de *Jacobin*, habló con él sobre el futuro de la Unión Europa, el papel del estado-nación, y el espectro del populismo.

LB

Empecemos con una pregunta muy simple. ¿Cuál es su evaluación de la gran coalición de Alemania al cabo de sus cien días corridos desde su estreno? ¿Se trata de un mal necesario? ¿Habría preferido usted algo distinto?

WS

No, ninguna preferencia en particular. Tal vez si hubiese habido alguna esperanza de que el ala izquierda de la Socialdemocracia (SPD), ubicada en la oposición, se encontrase obligada a aliarse con los elementos no sectarios de *Die Linke*, de modo que algo nuevo emergiese de esta intersección y así la Izquierda accediese de alguna forma al poder. Cuestión improbable en todo caso, y esto aun bajo un gobierno estilo Jamaica [es decir, con los colores de la Democracia Cristiana de Merkel, los Verdes y los Demócratas Libres].

LB

¿Teme la posibilidad de nuevas elecciones, dada la actual disputa entre Angela Merkel y Horst Seehofer, su aliado derechista en la coalición?

WS

No, en modo alguno. Además no haría ninguna diferencia, excepto que el SPD caería por debajo de quince puntos porcentuales, y que los Verdes reemplazarían a la CSU [Unión Social Cristiana, sección de la Democracia Cristiana] en Baviera en un eventual quinto gobierno de Merkel.

LB

Tomemos ahora algo de perspectiva. Usted mantiene que un regreso a un “capitalismo democráticamente regulado”, que considere realmente los intereses materiales de la

mayoría, es solo posible en el marco del estado-nación. Al mismo tiempo, usted denuncia la tendencia alemana a tomar a Europa como la encarnación de una superior moralidad política, supuestamente en contraste con el nacionalismo de los siglos pasados —esto, aun cuando la política de la Unión Europea privilegia en general los intereses de Alemania. ¿No sería posible poner límites a la hegemonía alemana, por ejemplo a través de la uniformización de salarios y regulaciones fiscales entre los estados miembros de la UE? Hasta bien avanzados los años noventa, esta demanda fue planteada por muchos partidos socialdemócratas, incluyendo el propio SPD.

WS

¿Pero de dónde vendrían tales cosas, “la uniformización salarial y las regulaciones de impuestos para todos los estados miembros”? El problema es la variedad de estructuras sociales y económicas peculiares a cada nación, las que se han desarrollado durante largo tiempo. Lo que usted sugiere exigiría una revisión uniforme y simultánea de todas las instituciones centralmente relevantes, las que se conciliarían difícilmente con las estructuras económicas y los intereses domésticos. Ningún líder político, y ciertamente ninguno lo bastante responsable políticamente, intentaría algo semejante.

Y por lo demás, nada de esto acabaría con la “hegemonía alemana”, a la cual usted se refiere puntualmente. Esta existe en virtud del régimen monetario común europeo, consistente en una divisa dura: moneda que favorece a la economía alemana (y también a algunas otras economías nórdicas), pero que no funcionan gran cosa para las economías de Francia y del Mediterráneo.

LB

Aquello suena bastante plausible, pero la mayoría de las fuerzas progresistas en Alemania rechazarían probablemente una estrategia basada en el estado-nación. ¿Qué piensa usted sobre tal actitud?

WS

Se trata más bien de un problema complejo, el que usted menciona. Tras la guerra Alemania Occidental no experimentó sino una soberanía parcial durante bastante tiempo, y considero esto tanto un castigo merecido como un estado de cosas a fin de cuentas deseable. Así pues, los alemanes han sido penalizados por su “nacionalismo alemán”, a la vez que estos mismos han defendido la desnacionalización de la política como el ideal de un nuevo orden mundial para todos los demás.

Paradójicamente, tal situación contribuyó a restaurar gradualmente la soberanía nacional alemana, culminando así en la reunificación. Mientras tanto, ningún otro país en Europa ha considerado poner en juego sus estructuras estatales nacionales.

Desde los años noventa, las circunstancias han dado un giro más en este mismo sentido, toda vez que el supranacionalismo europeo ha, efectivamente, permitido el ascenso de un nuevo imperio alemán. He aquí la razón de que, hoy en Alemania, uno se pueda oponer

al nacionalismo y al estado-nación, sin por ello dejar de perseguir intereses nacionales alemanes, cuestión que no suele admitirse. Se trata de una acomodo ideológico muy conveniente —en fin, tan solo mire a Angela Merkel.

LB

La Unión Europea comenzó como un intento por acabar la rivalidad entre Francia y Alemania, uniendo el poder de la diplomacia francesa con la fortaleza económica alemana. Se podría inferir que la estructura de la Unión ha sido, a lo largo de su trayectoria, modelada continuamente por este compromiso original.

¿Piensa usted que la propuesta de Emmanuel Macron de “refundar Europa” posee el potencial de consolidar las líneas de fractura nacionales en el largo plazo? ¿O es que la lógica del interés nacional está demasiado arraigada en la estructura de la misma Unión Europea?

WS

Las propuestas de Macron no son nada por el estilo. Y él mismo resulta completamente vago tan pronto se examinan los detalles del caso. ¿Cuán grande debiera ser el presupuesto especial de la Eurozona? ¿Qué criterios deberían implementarse en lo que concierne a su distribución? ¿Y a qué tipo de “inversiones” se refiere? Además, ¿por qué un “Ministro europeo de Hacienda”? ¿Y todo esto para solucionar nuestras “líneas de fractura nacionales”, como usted les llama? En mi opinión, estas no son líneas de fractura sino fronteras que debemos tener en cuenta para así trabajar sobre ellas, ciertamente no de acuerdo a dictados de arriba abajo, sino a través de consensos entre iguales.

Como dije, nadie en Europa contempla seriamente la idea de renunciar a su soberanía nacional —los alemanes solo fingen hacerlo. En cualquier caso, la soberanía nacional es ante todo un arma que los países pequeños pueden esgrimir contra los grandes, pues solo a estos incomoda (la soberanía de los pequeños, no la suya desde luego). Si los Estados Unidos respetasen la soberanía nacionales de los estados pequeños, se le hubiese ahorrado bastante problemas a mucha gente.

Y Macron constantemente habla sobre la “Francia soberana en una Europa soberana” —pero ninguna mención sobre acabar con el estado-nación francés, sino más bien lo contrario: prolongar Francia en Europa. Otros países deberán hallar el modo de vivir con esto, siempre y cuando se emborrachen lo suficiente con la idea de supranacionalismo.

LB

Jean-Claude Juncker, presidente de la Comisión Europea, dijo en una reciente conferencia de prensa que Grecia volvería a ser un “país normal” dentro de poco. Él y otros tecnócratas europeos procuran convencernos de que Grecia es una historia de éxito en la Eurozona —prueba de que la estructura permanece fuerte y resiliente. ¿Cuál es su opinión al respecto, considerando sobre todo la situación crítica de Italia?

WS

Es la charlatanería de costumbre; nadie la toma ya en serio. Los problemas estructurales en Grecia, y en otros países mediterráneos, siempre han sido trivializados, al tiempo que se exageran sus problemas de deuda. Pero esto equivale a poner la carreta por delante del caballo. Aun si Grecia puede pedir prestado de nuevo —y deberíamos ver que esto pase primero— sus instituciones y economía siguen siendo inapropiadas para una moneda dura.

Persiste, con todo, el predicamento de una década de austeridad que ha dañado a toda una generación de jóvenes, costándoles tiempo de vida precioso, y ni hablar de la infraestructura de servicios públicos, educación y aprendizaje profesional. Nada de lo cual se compensa con el hecho de que el estado Griego ha vuelto a ser considerado digno de crédito en los mercados financieros, si es que realmente es así.

Lo mismo se aplica a Italia, que es mucho más grande que Grecia, así que ni siquiera una negociación de la (ostensible) deuda bajo los auspicios de la Troika (Lagarde, FMI; Draghi, BCE; Juncker, CE) podría funcionar. Los Jean-Claude Junckers de este mundo son como los lemmings —o al menos como los lemmings de la fábula; en efecto, los lemmings son mucho más sabios que los eurocratas, quienes marchan hacia el abismo con los ojos abiertos, siempre mirando adelante hasta que se dan de bruces en la tierra.

LB

Advertí que en un artículo reciente, “Europa bajo Merkel IV: Un balance de impotencia”, usted siempre ponía entre comillas el término “populista”, generalmente en relación con *Die Linke* y *Alternativa para Alemania* (AfD), pero también cuando mencionaba fuerzas semejantes en otros países europeos. ¿Fue esta una elección deliberada de parte de usted? Y de ser así, ¿por qué?

WS

Sí, una decisión consciente. Para mí, el término carece de sentido, no resulta verificable, es simplemente un arma propagandística. En el lenguaje de los partidos centristas ya establecidos, quienquiera que signifique una amenaza es un “populista”, así sea Corbyn o la AfD. Los partidos de centro se quejan de que los “populistas” *simplifican los problemas...* y sin embargo Merkel abordó sus campañas electorales, de la segunda a la última, con el eslógán: “Ustedes me conocen”.

Qué es “complejo” es algo que nosotros decidimos, y lo que definimos como “complejo” es “muy complejo” para los “populistas”. Así que no hay alternativa frente a las “soluciones” que nosotros hemos lucubrado arduamente para vuestros complejos problemas. (“No hay alternativa”, etc.)

LB

Uno de sus más recientes libros, *Comprando tiempo*, sugiere que el creciente conflicto estructural entre capitalismo y democracia conducirá a la paulatina “hayekización” de Europa. Desde un tiempo a esta parte, los partidos derechistas han ganado buen número de elecciones en toda Europa, mientras Donald Trump ha sido elegido presidente de los Estados Unidos. ¿Ve usted confirmado su diagnóstico?

WS

Por “hayekización” entiendo el desarrollo institucional deliberado, y sostenido en el tiempo, de mercado y democracia, de economía e interferencia igualitarista. Los partidos de derecha no son necesariamente neoliberales, es decir no-intervencionistas o anti-redistributivos, al menos en lo que a retórica concierne. Lo que hacen en la práctica es ciertamente otra cosa.

LB

Sus predicciones sobre el futuro de la UE y sobre el capitalismo en general parecen haberse vuelto más pesimistas durante los últimos años. Recuerdo un evento en Berlín el año pasado, ocasión en que usted se describió como un “pensador apasionadamente destructivo”. En *Comprando tiempo* usted afirmó explícitamente que quien formula una teoría no debe necesariamente ofrecer soluciones. Sin embargo, ¿ve usted ahora alguna solución económica a la que se le pueda desembarazar de lastres y abrirle camino?

WS

Si el caso fuese tan simple que bastaría con que diese a usted una solución, realmente ni siquiera habría un problema de fondo. En cambio a ser “destructivo”, pues bien, me propongo tan solo destruir las esperanzas poco realistas de quienes asumen la llegada providencial de alguna caballería prusiana, como sucedió en Waterloo, donde los prusianos torcieron el destino de la batalla a última hora. Lo que necesitamos ahora, en una situación como la nuestra, es el más lúcido, el más sobrio de los realismos posibles.

Estoy persuadido de que la política convencional no es de ninguna ayuda, siendo aquella, casi sin excepción, un mero maniobreo elitista, tecnocrático, profesionalizado, y altamente pagado, de relaciones públicas. Necesitamos una buena dosis de disruptión, y no solo en economía sino especialmente en política. Cualquier cosa por debajo de esto nos impedirá restaurar el control colectivo sobre nuestras vidas, lo que requerimos con urgencia.